

expresionismo, del naturalismo y la afirmación romántica, del esteticismo. Es el peligro del arte.

Lafaye investigador nos brinda en la vida de Zweig diferentes momentos que harán patente ese peligro: la temprana veneración por el arte y los artistas —una forma de transvaloración personal— asistirá perpleja a actitudes de Verhaeren y de Rolland no compartidas por Zweig. La creencia en el papel del escritor y en la función del humanismo europeo no dejará de sentir dudas sobre el valor de la palabra como forma de acción y sobre la relatividad de la realidad europea en la realidad mundial. El propio éxito del escritor Zweig, finalmente, no significará, sin embargo, haber llegado a alguna parte; todo lo más, dirige a Zweig a una continua labor de escritura que, posiblemente, le impidió tomar distancia consigo mismo y con su propio tiempo: *Ofrezcámonos a la época tal como nos ansía*, elige Zweig como lema, citando a Shakespeare, para iniciar su autobiografía.

El lector de Zweig encuentra, sin embargo, al hombre Zweig en la obra de Lafaye; éste es el mérito de su libro, que nos acerca a la tragedia y grandeza de un hombre que fue como fue y cuya vida no está exenta de magisterio en los múltiples recuerdos, imágenes y sentimientos, sí, que nos legó y que constituyen una busca de verdad paralela a la que de otros modos y con otros resultados encararon sus contemporáneos los Mann, Musil, Broch, Roth, Hofmannsthal, Rilke, Schönberg, Freud, Kraus, Hesse, Kafka, Wittgenstein, en una crisis de valores aún no resuelta y cuya solución en lo social y en lo personal es tan ambivalente y tan unívoca como el propio ser humano.

Luis Bodelón

Felipe IV y el ocaso de un imperio. J. Calvo Poyato. Barcelona. Edt. Planeta, 1995, 208 pgs.

La divulgación bien encaminada y realizada constituye hoy una de las empresas culturales más necesarias y loables. Sin brizna de exageración, cabe decir que, falta

de ella, la vida intelectual de una colectividad se encuentra invertebrada al no existir capilaridad ni relación entre sus distintos estratos. La ciencia de departamentos y laboratorios debe encontrar una pronta rentabilidad social llegando a todas las capas de la opinión pública a través de una vasta labor de difusión, acometida a su vez por expertos en el difícil quehacer de sintetizar con brío y propiedad los resultados y conclusiones de las investigaciones llevadas a cabo en las esferas especializadas.

Afortunadamente, los progresos conseguidos en España en esta dimensión esencial de la cultura de masas en que la civilización presente se halla inmersa, son muy notables; aún sin alcanzar las metas logradas hace ya tiempo por otras naciones como Francia o Gran Bretaña, la divulgación, especialmente la historiográfica, ofrece una envidiable salud, sin que se atisben síntomas de decaimiento, antes al contrario. Revistas beneméritas, programas radiofónicos y televisivos de impecable factura e incluso cómics de sobresaliente calidad, han asentado los cimientos para que la alta divulgación encuentre amplia audiencia y eco favorable en el público cualificado.

Entre las puntas de lanza de esta plausible tarea se encuentra, sin duda, la desplegada por la editorial barcelonesa que publica el libro glosado a continuación. En particular, su colección *Memoria de la Historia* ha contribuido singularmente a la excelencia de un género que satisface adecuadamente una creciente demanda social: la búsqueda de las identidades nacionales y regionales.

Y en la crisis de 1640 detectan justamente los historiadores de la modernidad española uno de los jalones capitales en la andadura de nuestro país, que con la *revolta dels catalans* y el desgajamiento definitivo del Portugal de los Braganza conocería no sólo un punto de inflexión en su trayectoria interna, sino también, y muy principalmente, en su liderazgo internacional hasta entonces incontestable a lo largo de más de una centuria. De ahí la trascendencia de uno de los reinados más dilatados y decisivos de la historia hispana, continuamente transitado por las plumas más afamadas del modernismo peninsular y foráneo —Domínguez Ortiz, José Alcalá Zamora, Carlos Seco, John H. Elliot,

etc.— y objeto ininterrumpido de algunas de las investigaciones más sólidas de todo el panorama historiográfico nacional.

Avezado en las lides de la divulgación rigurosa, según lo demuestra el éxito obtenido por otras empresas similares a las que ahora comentamos —*Carlos II El Hechizado y su época, Enrique IV El Impotente y el final de una época*, etc.— el profesor Calvo Poyato ha visto también sonreído por la fortuna su empeño de ofrecer en apenas dos centenares de páginas una visión completa y jugosa de Felipe IV y su tiempo. Desde las luminarias de un reinado comenzado con los mejores augurios hasta su lento y pesadoso crepúsculo, nada queda fuera del alcance de una pluma dotada del mayor don de Clí como es el de la capacidad de síntesis, historia interna e historia externa, en la vieja terminología, demografía, economía, sociedad, política, cultura, en la moderna, nada queda sin oportuna —y perspicaz— anotación, con actualizado enfoque bibliográfico y estilo de narrador de altos vuelos. Una especial maestría debe poseerse para que ningún hilo del denso entramado de una monarquía que llevó con dignidad el peso de la púrpura hasta su reemplazamiento por el nuevo astro francés, se añasque o sobredimensione en perjuicio de un planteamiento global y armónico. El catedrático cordobés controla en todo instante las muchas piezas de la polisinodia institucional y de la existencia cotidiana de los reinos que componían la Monarquía Católica, sin que en ningún momento su relato se escore o se deforme, llegando al objetivo propuesto de ofrecer una panorámica totalizadora de un período signado por la guerra y la confrontación, pero también por el esplendor literario y artístico.

Así, pues, misión historiográfica —y, añadiríamos, también social— cumplida con los pronunciamientos más favorables en cuanto a destreza y calidad. Alternando la tarea divulgadora con la especializada, la cátedra con las responsabilidades políticas, el joven estudioso egabrense recorre —con el titánico esfuerzo que es fácil de imaginar— firmemente una cuajada carrera de historiador. Albricias y reconocimientos.

**José Manuel Cuenca
Toribio**

José Ortega y Gasset. El sentimiento estético de la vida (Antología). Madrid, Tecnos, 1995. Edición de José Luis Molinuevo.

Dentro de la recuperación de la obra de Ortega que se está produciendo en los últimos años, no cabe sino agradecer la antología y el estudio crítico realizados por el profesor José Luis Molinuevo. Buscando complementar lo cronológico con lo temático, la selección de Molinuevo ofrece los textos más significativos para aproximarse a la estética del filósofo madrileño. Se trata de una selección más amplia —el volumen roza las quinientas páginas— que la realizada en otras ocasiones. Además de textos referidos directamente a la literatura o a las artes plásticas, se incluyen otros cuya importancia para la estética —especialmente para la vivencia estética— pudiera ser menos evidente. Entre ellos, escritos sobre el paisaje o sobre el sentido deportivo de la vida.

En su extensa introducción, Molinuevo pone de manifiesto la ambición orteguiana de hacernos comprender que la vida, a partir de su facticidad, puede ser perfeccionada en múltiples direcciones. El sujeto puede entablar diversas relaciones con lo real, modificándolo, tal como se manifiesta en las vinculaciones que el arte y la vivencia estética pueden establecer con el conocimiento, la política o el paisaje. Se trata en todos los casos de «salvar» la circunstancia en la que los sujetos se encuentran, siendo de especial importancia la construcción de la identidad, tanto individual como colectiva. A este respecto, la centralidad del tema de España es especialmente notable en los escritos más tempranos sin que desaparezca en los posteriores. A mi juicio, ello tiene que ver con la delimitación y autonomización progresiva de la estética tal como va acaeciendo en la obra de Ortega.

Como señala Molinuevo en su estudio, tanto el arte como la política tienen que ver con la creación de nuevas realidades a partir de la transformación de las existentes. De ahí que, en mi opinión, quepa analizar, entre otros, dos aspectos complementarios y fundamentales de la estética de Ortega: el proceso creativo y la obra de arte creada. El proceso creativo puede sintetizarse en el término «irrealización», mientras que el objeto

estético debe tener como rasgo principal su carácter hermético.

En cualquier caso, la estética orteguiana no es un ámbito ontológico menor sino un aspecto decisivo de la concepción de Ortega, cuya relevancia puede ser mejor entendida gracias a volúmenes como el que comentamos. A través de esos textos podemos también aproximarnos a la visión orteguiana del artista, o a sus opiniones sobre distintas corrientes artísticas o epistemológicas.

Rafael García Alonso

Clásicos contemporáneos comentados, Destino, Barcelona, 1995.

La empresa Destino ha decidido organizar esta colección con diversos efectos que convergen en una línea editorial. Textos de precio más que acomodado, con buena solución gráfica, ponen al alcance del más modesto comprador unos títulos que se deben a autores de nuestro siglo y que ya han probado suerte en distintos lugares y épocas, recogiendo la aprobación sostenida de vastos públicos.

Un especialista se encarga de darnos noticia biográfica del escritor, enfocar críticamente la obra y dar cuenta de su recepción, a través de lo que podríamos llamar historia de su lectura. Estos textos introductorios valen tanto para quien se inicia en tal suerte de estimaciones, como para el enterado que pretende sumar una crítica más a las que ya conoce. Si la curiosidad de unos y otros no se sacia con la oferta, una nutrida bibliografía le sugiere el camino a seguir.

Los primeros libros de la colección y sus editores se enuncian como sigue: *La familia de Pascual Duarte* de Camilo José Cela (Adolfo Sotelo), *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes (Antonio Vilanova), *Nada* de Carmen Laforet (Rosa Navarro Durán), *El camino* de Miguel Delibes (Marisa Sotelo), *Rebelión en la granja* de George Orwell (traducción de Rafael Abella, edición de Rosa González).

Diario 2. Estados Unidos (1939-1950), Zenobia Camprubí, Alianza, Madrid, 1995, 356 páginas.

Continuando la edición en tres tomos de los diarios de Zenobia, a cargo de Graciela Palau de Nemes, he aquí el que narra los primeros años del exilio, con viajes a Puerto Rico, desde Cuba y la recorrida triunfal por Argentina, donde Juan Ramón resultó una mezcla de Gandhi con Frank Sinatra, según fórmula de Zenobia.

Las anotaciones de la autora son, mayormente, domésticas. Una renta familiar, algunos empleos bastante cómodos y eventuales derechos de autor, permitieron al matrimonio Jiménez vivir con modesta holgura y hasta recuperar momentos de esplendor, como los vividos por la familia Camprubí a comienzos de siglo. A Zenobia le importa poco el mundo exterior (véase la fugaz anotación sobre el fin de la guerra mundial, por ejemplo), del que parece sólo entusiasmarla la música (arte que ensimisma y devuelve a la interioridad). Así sabemos cómo son sus distintas habitaciones, lo inhábil que se la ve en la cocina, la lista de sus amigas, sus lecturas caedizas.

Lo más interesante del texto quizá sea la no muy íntima pero sí atenta crónica de su relación con el poeta. Juan Ramón era un hombre inseguro, con fuertes depresiones, tendencia al encierro, irritable y que aceptaba difícilmente a los demás. Zenobia le servía de madre y enfermera (de hecho, siempre escogía una casa que tuviera al lado un hospital). Le pasaba en limpio sus manuscritos, intentando no atormentarlo con la máquina de escribir, lo exaltaba cuando él se hundía en el desconcierto, le hacía parcas comiditas y deliberaba sobre la mejor vivienda para establecerse en sus constantes desplazamientos. Los esbozos de retrato son agudos: «JR cree que se le debe rendir pleitesía en todo a cada minuto»... «Siempre que voy con JR a cualquier parte sufro, porque para él todo es muy difícil»... «Él siempre vacila cuando empieza a adelantar».

Obviamente, Juan Ramón era un fóbico y Zenobia, su acompañante contrafóbico. Esto provocaba en la mujer un sentimiento de soledad muy agudo, porque siempre estaba en un espacio vacío, mediando entre JR y el amenazante mundo de la fobia. A veces, imaginaba separarse de esa vida compulsiva y ansiosa, pero sólo